

XVI

RE  
LA  
TOS  
CORTOS

T i e r r a   d e   M o n e g r o s  
2 0 1 4

# PREMIO DE RELATOS CORTOS LOS MONEGROS 2014

## 1<sup>er</sup> PREMIO

*Fernando Villamía Ugarte*

“Polaroid”

6

## MEJOR RELATO MONEGRINO

*Francisco Tobajas Gállego*

“El correo de Bujaraloz”

21



## PRIMER PREMIO

### **Polaroid**

Fernando Villamía Ugarte

A mí me encanta hablar con mi hermana, no tanto por lo que dice como por lo que hace. Es una de esas personas a las que les suceden tantas cosas, que parecen vivir varias vidas a la vez. Y contagian esa vitalidad con su simple cercanía. Cuando uno se pone al alcance de su irradiación, se siente más vivo y más ligero. Por eso me gusta charlar con ella. Además, cuando habla, mueve mucho los labios y las manos, y en los dientes le brillan chispas de sol, y esa luz embellece las palabras.

Sin embargo estos días Marta flotaba ensimismada en una turbia bruma de aislamiento, y coqueteaba con la ausencia y el silencio. Apenas hablaba, y, cuando lo hacía, se encerraba en una melancolía monosilábica que resultaba aún peor. Su presencia entre nosotros se había diluido un poco, y era como si el corazón de la casa latiera más despacio. Anteayer por la noche entré a su cuarto y, en lugar de salir fortalecido y tonificado como solía ocurrir, volví a mi habitación baldado de tristeza y empachado de silencios.

Algo le ocurría, era evidente, pero estaba tan acostumbrado a su dicha, que me resultaba difícil preguntarle por su pena. Así que esa misma noche al ponerme el pijama me picaron en la espalda los remordimientos y supe que la culpa iba a estropear me el sueño. Me levanté, y toqué en su puerta. Tomé su sí desganado como una invitación y me senté en su cama.

-¿Qué te pasa? – le pregunté, con esa delicadeza que obliga a mi padre a bromear conmigo diciéndome que cualquier día me nombran miembro honorario del cuerpo diplomático.

-Nada – contestó ella.

-¿En serio no quieres contármelo?

-No.

Pero en aquel no ya venían empezadas las ganas de contar, y yo me acomodé un poco mejor a los pies de la cama. Se me estaban quedando los pies fríos.

-Es por la cámara – empezó.

La cámara había entrado en casa el día del cumpleaños de mi hermana. El abuelo había leído en el periódico que los de Polaroid iban a sacar de nuevo película para sus antiguas cámaras, y desempolvó su vieja SX-70, aquella réflex capaz de hacer fotos instantáneas, la envolvió cuidadosamente y se la presentó a mi hermana, seguro de que le iba a encantar. Acertó de pleno. Marta estaba entusiasmada. Fue el único regalo que de verdad la conmovió. Y es que estaba fascinada con la fotografía. Decía que quería fotografiar lo que está, pero no se ve: los presagios, las presencias intuidas, la inminencia de algo. Sorprender la imagen de esas presencias reales, cuya existencia todos sentimos, pero ninguno apresamos. Eso quería. Y la Polaroid era perfecta para eso.

El problema era que el abuelo apenas llegaba a fin de mes, y le regaló la cámara, pero sin película. “Vale más de veinte euros y...”, fue todo lo que dijo. Marta sorteó la decepción con un beso, y esperó. Con el dinero recaudado en el cumpleaños había comprado la película, que en efecto era carísima. Y decidió emplearla sólo para fotos perfectas, para fotos que no sólo captaran algo, sino que perturbaran con lo que contenían. Fotos que reflejaran lo que no se puede fotografiar.

Esa noche me explicó toda su teoría y todas sus aspiraciones y, por un momento, la vi tan entusiasta y viva como la Marta de antes de la melancolía, como si el mero hecho de hablar la hubiera curado de todo. Pero no. Cuando acabó de hablar, notamos otra vez la crecida de la tristeza en la habitación y sus palabras se quedaron mustias y suspendidas de una rara pesadumbre. Se levantó, se acercó a la estantería y, de detrás de los libros, sacó un sobre. Extrajo su contenido, y lo lanzó hacia mi parte de la cama.

-Son las únicas que he hecho – dijo.

Las miré y me quedé helado. La primera foto era del tío Antonio; era él, sin duda alguna, pero como sucio, como manchado ya por la muerte que poco después le sorprendió. Allí estaba con su sonrisa escéptica, sus pelos en las orejas y una mirada espectral que daba miedo. En su cara tiritaba una suerte de desamparo, una demacrada ausencia, como si su más verdadero ser se hubiera retirado para siempre de su rostro. Marta me dijo que había hecho la foto en el jardín de casa, pero el fondo contra el que se proyectaba la figura del tío Antonio era un paisaje sonámbulo, una especie de bruma grisácea atravesada por una luz inmaterial y borrosa. Había algo sobrecogedor en ella. Y si alguien me hubiera preguntado por una imagen de la tristeza, habría escogido sin duda esa foto.

La otra era un retrato de la madre de Megan, una amiga de Marta. También ella era reconocible, y en la imagen se imponía su pelo hecho de seda y viento y aquella belleza frutal y retardora que aún suscitaba ensoñaciones raras entre los hombres. Era su pelo, su boca escueta de labios finos, su nariz osada y respingona. Pero había también una escarcha triste en su mirada, una suerte de furia vencida en que se adivinaba el embrión del desaliento. Y en el

fondo de la foto latía de nuevo esa luz lacia y desvaída que daba a la figura un desvalimiento general, una especie de zozobra.

-¿Te das cuenta? – dijo Marta -. He fotografiado la inminencia de la muerte, quizá la muerte misma.

Los dos nos quedamos callados porque lo que estábamos pensando no cabía en las palabras, en ninguna palabra posible.

-Hice la foto del tío, y a las cuarenta y ocho horas murió – y levantó la mano para callarme antes de que hablara –. Ya sé que me vas a decir que estaba enfermo y todo eso; pero llevaba mucho tiempo enfermo y nada hacía pensar que fuera a morir tan pronto. Y la madre de Megan...

-Eso fue un accidente – corté, antes de que me lo impidiera.

-Ya sé que fue un accidente; pero está muerta. A los dos días de que yo le hiciera la foto – hizo una pausa, y el silencio se volvió solemne-. Yo creo que es la cámara.

-¿Cómo la cámara?

-La cámara, la cámara con la que hago las fotos; la que me regaló el abuelo. Yo creo que está maldita.

-¡No digas chorradas, Marta!

Se quedó callada, pero con un silencio rencoroso y triste. Se sentía abatida y dominada por una fuerza que no lograba controlar. Yo no solía discutir con ella, porque perdía todas las discusiones. Pero, al verla así, decidí continuar.

-Lo que te pasa es que estás muy afectada y te da por pensar cosas raras.

-Que es la cámara – insistió ella.

-¡Marta!

-Ya sé que parece absurdo, no creas que no lo he pensado yo primero miles de veces. Y no creas que no me está costando trabajo decírtelo ahora mismo. Sí, sí, no me interrumpas ahora, por favor. Ya sé que vas a pensar que me he vuelto loca, porque yo pensaría lo mismo de ti si te presentaras con esto. Pero lo que es seguro es que voy a volverme loca si no se lo cuento a alguien, pero loca de verdad. Tú solo escucha, por favor. Parece absurdo, parece delirante, y lo sé, pero estoy convencida de que la cámara tiene algo, no sé, maldito o raro o como quieras llamarlo; pero algo que causa desgracia. Ya está, ya lo he dicho, y quiero que se quede ahí, sin comentarios, sin nada, ¿vale?

Creí que iba a llorar, pero se contuvo. Y entonces se me ocurrió la idea, y de inmediato se la propuse. Podíamos probar con el canario que mamá alimentaba en la jaula de la cocina. Marta se negó al principio alegando que el pobre bicho no tenía culpa alguna. Pero, al final, accedió.

Esperamos a estar solos en casa. Y, con un sigilo que procedía de la mala conciencia más que de la innecesaria cautela, nos acercamos a la jaula del pobre pájaro. Al ver a Marta temblorosa, me ofrecí a hacer la foto. Pero ella se negó.

-Tengo que ser yo. No podemos cambiar las condiciones. Además, ahora que lo dices, se me ocurre que, a lo mejor, no es la cámara, sino la persona que hace la foto, o sea, yo.

-Por eso mismo, debería hacerla yo.

Eso la convenció. Cogí la cámara como quien coge una enfermedad o un arma. Apunté al canario que trinaba alegre en su inocencia, y disparé. Esperamos ansiosos la salida de la foto, su lento revelado. Empezaban a adivinarse los contornos del pájaro, y las pequeñas rejas de la jaula. Por fin, apareció todo. La foto era normal, no presentaba el fondo desdibujado ni la penumbra melancólica de las otras fotos. La imagen era nítida, y se distinguían con claridad los perfiles de las cosas: el pájaro, la jaula, los azulejos de la cocina, la esquina de la ventana... Todo estaba en su lugar preciso, y la foto no permitía conjetura alguna sobre extraños presagios o funestas inminencias. Era la foto de un canario enjaulado, sin más.

Durante unos minutos contemplamos al pájaro, para ver si sufría alguna modificación de conducta o de aspecto. Nos apenó su inconsciente felicidad, aquella despreocupada manera de lanzar trinos y gorjeos cada vez más melódicos. La pesadumbre se hizo mayor cuando se adornó con algunos saltos y vuelos cortos, y volvió a cantar. Y las primeras lágrimas brotaron de los ojos de Marta cuando el pájaro picoteó un poco de alpiste y mojó el pico en el agua. Como cualquier ser vivo, se creía inmortal en la felicidad del instante. El pájaro no sabía que, con la foto, le habíamos robado el alma, y su inocencia multiplicaba nuestra culpa.

A las cuarenta y ocho horas, el canario de mamá seguía vivo y la cámara nos volvía a parecer inofensiva. Marta estaba feliz, y no paró de hablar durante la cena. Cuando nos acostamos, la alegría hormigueaba en nuestra sangre y el corazón nos latía con una extraña sensación de libertad.

A las cuatro de la mañana me desperté zarandeado por Marta. Estaba nerviosa y había llorado.

-Ven a verlo – dijo.

El pájaro estaba tendido en el fondo de la jaula. Parecía tan poca cosa allí tirado, con las plumas ya sin luz, los ojillos como adormilados y aquel aire general de quebranto. Su cuerpecillo derribado entre restos de comida y montones de excrementos hacía más injusta su muerte. A Marta le temblaba la voz; a mí, las manos.

-¿Estás convencido ya? – me preguntaba sin preguntarme-.

Yo no estaba convencido, sino confundido, aterrado ante el poder letal de aquella máquina, ante el cuerpo ya destituido a mera piltrafa de aquel pájaro tan leve y vulnerable. Tenía miedo. Miedo del pájaro muerto, de la cámara asesina, de mi propia hermana. Me sentía muy frágil allí, en la cocina, con aquella luz desangelada, con la boca seca y en pijama.

Volvimos a la habitación de Marta, y colocamos la cámara en la estantería más alta, como si alejándola de nosotros mitigásemos su poder. Nos pasamos el resto de la noche cuchicheando y el fatigado amanecer nos sorprendió con un acuerdo. Les contaríamos a mamá y papá lo de la cámara.

No fue fácil escuchar las explicaciones de Marta y mirar al mismo tiempo a papá y mamá. Marta hablaba con la vehemencia y la convicción que siempre mostraba; papá la escuchaba al principio con seriedad; pero pronto asomó a su cara una mueca de sarcasmo, un escepticismo zumbón, pero no por ello menos doloroso. Y mamá también le prestaba una

atención descreída y maliciosa, como si le estuvieran gastando una broma. Ni mi hermana ni yo habíamos previsto la posibilidad de que nuestros padres no aceptaran su discurso. Menos preparados estábamos aún para la ironía. Pero eso fue lo que encontramos. Al percatarse, Marta se enfadó tanto, que mis padres recapacitaron. Pidieron pruebas, sin embargo.

-¿Queréis más pruebas que lo que acabo de contaros? – se enfureció Marta.

Al día siguiente, papá se presentó con un hamster recién adquirido: era la víctima del experimento. Yo no quise hacer la foto, de modo que él mismo se encargó. El ratón resistió más tiempo que el pájaro: tardó casi una semana en morir. Y esa dilación desató toda clase de conjeturas: ¿estaría perdiendo su poder la cámara? ¿habría muerto igualmente el ratón sin recibir la foto?

Ante el cadáver del hamster, papá diseñó una estrategia de silencio y olvido. Nos hizo jurar que no contaríamos nada a nadie, y aseguró que iba a esconder la cámara en un lugar inencontrable. Cuando Marta sugirió la destrucción total del aparato, papá levantó la mano derecha y, solemne, casi marcial, dijo “tú déjame a mí”.

Al cabo de unos meses, nos habíamos olvidado casi de la cámara. Cierto es que Marta se había vuelto más taciturna y melancólica; cierto también que los animales domésticos habían quedado proscritos en casa. Pero habíamos recuperado la tranquilidad y la vida volvía a sus ordenados quicios.

Hasta la otra tarde. Marta, mamá y yo habíamos salido de compras en busca de un regalo para el cumpleaños de papá, y él se había quedado en casa. Regresamos un poco antes de lo esperado y, al entrar de forma súbita, sorprendimos a papá asomado a la ventana, con la cámara colgada del cuello y apuntando con el objetivo hacia la casa del vecino. Al oírnos, se dio la vuelta. La cámara bailaba en su panza con aire inofensivo, pero todos sabíamos que en su interior se ocultaba el baile de la muerte. El silencio sonaba a reproche. Y papá esbozó una excusa tartamuda.

-Era una broma.

Un olor a decepción nos golpeó desde su boca.

-Es el vecino de la discusión del otro día, el que se negaba a que la comunidad asumiera los gastos de lo del garaje. Pero le apuntaba sólo como terapia. No estaréis pensando que iba a hacerle la foto, ¿no?– agregé papá, y señalaba la cámara como si fuese un juguete. Papá rebajó su acción a travesura para obtener una indulgencia que se adivinaba improbable; Marta, en cambio, la ascendió a traición, y se fue a su cuarto llorando.

La cena fue difícil. Cenamos ensalada de rabia con unas gotas de furor, lágrimas de segundo y de postre mal café. Empezamos en un silencio que se parecía a la tregua, pero en el ruido de los platos y cubiertos ya venía emboscada una agria hostilidad que anunciaba un menú de gritos, bronca y reproches. Empezó Marta exigiendo a papá que rompiera la cámara y nos deshiciéramos de todos y cada uno de sus trozos. Ya había causado bastante daño, y estaba claro que, si la manteníamos, acabaría por causar más. Papá buscó sus gestos más apacibles y su voz más blanda para conceder a Marta que, tal vez, aquella cámara encerraba el mal. Pero que el mal siempre había existido y que lo importante no era ignorarlo, sino saberlo

controlar. Marta se rió con desprecio y sugirió que ya habíamos visto cómo papá dominaba el mal, coqueteando con el deseo de matar al vecino. Papá levantó la voz para decir que a él no le hablara así. Y Marta le dijo que él le había hablado como si fuera tonta. Papá dijo que si le había hablado como si fuera tonta era porque a veces lo parecía. Y luego ya fue todo un borrón de gritos y voces y llantos que, no sé cómo, mamá logró detener.

La paz, precaria y frágil, ha durado hasta esta mañana. En el desayuno, Marta ha formulado un ultimátum: le ha dicho a papá que, si al acabar el día la cámara seguía en casa, ella se marcharía. Papá no ha dicho nada. En la comida el ambiente era glacial y la tensión masticable. Si levantabas la vista del plato – cosa que ninguno hemos hecho – podía verse un ciclón cerniéndose sobre la mesa. Hemos procurado no mirarnos tampoco y comer rápido para ver si se acababa ese momento. Pero Marta no ha perdonado.

-¿Ya has roto la cámara, papá?

Papá ha seguido comiendo como si nadie hubiera hablado.

-Pregunto que si has roto ya la cámara, papá.

-No- ha contestado -. Como te dije, me he limitado a guardarla en un lugar seguro.

-¿Seguro? No hay ningún lugar seguro de nuestros deseos. ¿No lo entiendes? Cualquiera día cualquiera de nosotros podría desear usar la cámara. ¿Y entonces?

-Está en lugar seguro, y no tengo nada más que decir.

En casa todos sabemos que, cuando papá dice un lugar seguro, se refiere al doble fondo que hay en el cajón izquierdo de su mesa de despacho. Desde pequeños sabemos que es ahí donde esconde las cosas. Nunca se lo hemos dicho por esa rara piedad filial que tan buena prensa tiene desde La Eneida. Pero Marta lo sabía, claro.

Se ha levantado como una fiera de la mesa, y ha ido corriendo al despacho de papá. La hemos oído trajar ruidosamente allí, hemos oído sus pasos precipitados por el pasillo y hemos escuchado el grito repetido de “¿sabes lo que voy a hacer con esto? ¿sabes lo que voy a hacer con esto?” Casi de inmediato, la hemos visto aparecer como una furia por la puerta del salón, con la cámara en la mano y el rostro desencajado por la ira. Y hace cuatro horas y seis minutos la hemos visto tropezar en la alfombra, trastabillar dos veces y, sin querer, por supuesto, presionar el botón que dispara la foto. Ha sido como una arruga en el aire. Y todos nos hemos quedado repentinamente quietos. La foto ha empezado a salir; el gris unánime inicial ha empezado a cuartearse y, brumosas, imprecisas, han empezado a perfilarse las primeras imágenes. Todo ha empezado a terminar. Y quiero repetirlo más: empezar, empezar, porque es una palabra que quizá no emplee ya. Al principio hemos querido creer que no, que sólo eran la silla y el mantel, que aquella mancha informe era sin duda la alfombra, pero por fin hemos tenido que aceptar que sí, que allí estábamos los tres, papá, mamá y yo, un poco serios en la foto.

Cuando Marta ha visto lo que había hecho, nos ha mirado a los ojos y no sé qué habrá visto en ellos, pero ha girado la cámara, la ha dirigido hacia sí y se ha disparado una foto. Ha salido rara. Su cara parece haber perdido toda disciplina muscular para desfondarse en una flácida renuncia, en un abandono todavía gruñón y retador, pero falto de energía. Es una



instantánea tirada de cualquier manera, un adiós en blanco y negro que trasmite plenamente esa especie de furia débil que Marta padecía en ese momento. Es eso: la foto de una suicida abismada en su infausta decisión.

Nosotros, a su lado, hemos salido favorecidos.

Las fotos han quedado sobre la mesa. Y nosotros aquí estamos, esperando.



**RELATO MONEGRINO**  
**El correo de Bujaraloz**  
Francisco Tobajas Gállego

Hace solamente unos días llegó a las Cortes de Aragón, por el antiguo correo e hijuela de Bujaraloz, una carta que remitía a sus señorías fray Manuel Bayeu desde la Cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes, en las afueras de Sariñena, provincia de Huesca. La carta pasó todos los controles de seguridad y fue entregada en mano al Presidente de las Cortes de Aragón, que la abrió con mucho cuidado y lleno de curiosidad. La misiva contenía varios pliegos de papel envejecido y amarillento, escritos a mano con pulcritud y buena caligrafía. El Presidente ojeó uno por uno todos los pliegos por las dos caras, los volvió a ordenar y comenzó su lectura lleno de impaciencia. La carta decía así: Señor Presidente de las Cortes de Aragón, salud en Nuestro Señor Jesucristo y en Nuestra Madre y Reina de las Fuentes, mucha salud y que María Santísima le conserve siempre en gracia del acierto y de la vida. Por el nuevo Mercurio Histórico y Político y la Gazeta de Zaragoza me he enterado del hecho acaecido en aquellas Cortes en relación con la cartuja de los Monegros, llamada de Nuestra Señora de las Fuentes, situada, como ya sabrá vuestra merced, en el duro desierto de Sariñena, una casa pobre donde se reza y se trabaja para provecho de Dios y de sus muchas almas. Una vez más, y he perdido ya la cuenta, una buena alma caritativa, que lleva el cristiano nombre de Belén, como el lugar donde vino al mundo Nuestro Señor, seguro y santo Salvador, esta vez en representación de una asociación o plataforma que defiende con determinación y sin fatiga el descuidado y maltrecho patrimonio de esta tierra, conminó a vuestras mercedes, los

diputados del antiguo reino, a salvar la Cartuja de Nuestra Señora y evitar así su desaparición, que sería muy lamentable para todos y más a los ojos de Dios Nuestro Señor. Por ello aconsejó a vuestras mercedes, con acierto y previsión, que la propiedad de esta cartuja, hace demasiado tiempo en manos muertas de particulares, pase a ser pública y notoria, condición que sería segura garantía para una pronta recuperación y restauración. Para ello argumentaba sus razones, que todo buen cristiano ya conoce, tras largos años de lucha y zozobra en primera fila, defendiendo el patrimonio de esta tierra, a las que añadía otras razones históricas, culturales, políticas y económicas, igual de válidas o más todavía que las primeras. Por ello estas buenas gentes dicen estar firmemente convencidas del gran valor que atesora la Cartuja de los Monegros como monumento, y no yerran en ello ni la más pequeña vara de medir, según mi humilde opinión, lamentando a la vez que, por desidia o irresponsabilidad, y al paso lento que va marchando la cosa pública, se perdieran las pinturas que tantos esfuerzos y desvelos costaron a este pobre fraile cartujo, que Dios quiere que viva en paz y como Dios manda. No crean vuestras mercedes que todo esto que les cuento es un puro capricho o bien piensen que se trata de una solemne frailada. Si lo piensan vuestras mercedes no me conocen y en todo caso se equivocan. Desde mi juventud he dedicado mis días y mis noches, primero al servicio de Dios y después a la pintura, que toda ociosidad es despreciable y será castigada sin palo llegando la ocasión. Nunca me quejé de la pobreza de esta casa, a la que siempre se hizo frente con alegría y buena voluntad, pues ni aún los enfermos de más riesgo se pueden consolar, las más de las veces, con una taza de caldo de las verduras que se crían en el pequeño huerto de la cartuja. Pero el estómago se contenta con poco y el poco sueño también alimenta, cuando la conciencia está tranquila y el alma está repleta de la misericordia de Dios. Le escribo a vuestra merced desde la cama, una tosca tabla de pino, tan dura y basta como vienen a ser algunos corazones, sobre la que se acomoda un sencillo colchón de paja. He estado con una terciana fuera de cascos casi un día entero y la tos hace que me salte sangre del galillo y se me parta en mil pedazos la cabeza de tanto dolor. Pero por nada me apuro, que Dios ha de proveerme en la primera y en la última necesidad. Ayer noche me sacramentaron y pensaba ya en la eternidad, pero aún no me ha llegado mi hora, pues como recogía con razón Lorenzo Palmireno: *Por cuartanas, no doblan campanas*. No se preocupen por mí vuestras mercedes, que tengo los hígados como paneras y más anchos que la Puerta de Toledo de Zaragoza. Perdonen vuestras mercedes esta ironía que se me ha escapado sin querer, pero ya no puedo echarme atrás, aunque muestre sinceramente mi pesar. Ando casi siempre con flojedad de estómago, aunque mis amigos y hermanos me mandan de cuando en cuando un dulce de limón exquisito, que resulta muy estomacal. La quina también me ayuda a salir de este trance y las oraciones a Nuestra Madre y Reina de las Fuentes hacen el resto. Encomiéndenme vuestras mercedes a la Virgen del Pilar por Dios, que este fraile rogará por vuestras mercedes a la Virgen de las Fuentes, para que les conserve siempre en gracia, trabajo y salud. Desde hace ya algún tiempo no puedo disponer de un ayudante para moler la pintura, porque cayó enfermo, y todo ha de correr de mi cuenta. Pero cuando pasen estas tercianas y esté otra vez guapo de salud, me volverán de nuevo las ganas de comer y de trabajar como siempre. Para ello procuraré en Sariñena carne

de ranas, pan de topos y algún galápago para restablecerme como Dios manda, para seguir pintando las paredes de esta cartuja, que es también la casa más pobre de Dios. Como sabrán vuestras mercedes, los cartujos tenemos prohibido comer carne de aves y aun de mamíferos, pero no de pescados, como son el besugo y el buen abadejo, también podemos probar con tiento el chocolate y la almendrada, que la componen almendras del terreno con azúcar, a modo de tejos de chocolate. Por estas tierras de panes prosperan las liebres y los conejos, aunque también las perdices, eso si no son aniquiladas por la caparra, como vino a suceder un año de desgracia. Si vuestras mercedes quieren para su sustento alguna liebre o conejo de esta parte de Aragón, pueden remitirme por el correo e hijuela de Bujaraloz, que llega hasta esta cartuja, media libra de pólvora y otra de perdigones, que no he de fallar en la puntería, a pesar de que mi vista ya no es como antes. Y si quieren también vuestras mercedes, cuando llegue el tiempo de la veda, pueden buscar galgos para correr por estas espesas, detrás de liebres y conejos, que nunca se echan en falta, unos años más que otros, esa es la pura verdad. Con ellos se podrían hacer unas cazatas impresionantes, que hicieran falta arres para llevar los conejos, las liebres y también las perdices. Ocurre en algunos años que se encuentran por estos andurriales un diluvio de perdices, jóvenes y viejas, aunque es menester buenas piernas y el pecho desocupado y valiente para seguirlas y conseguirlas. Si en alguna ocasión quieren vuestras mercedes venir a esta cartuja de Nuestra Señora, serán dueños de esta pobreza y cazarán con galgos a resaque y perdices a ciento. Se lo prometo.

Esta misma historiadora del arte de la que les hablaba, que ha comparecido ante vuestras mercedes en las Cortes sin pelos en la lengua, ha sentenciado que mis pinturas murales merecen por derecho propio un lugar destacado en el panorama de los últimos cuatrocientos años. Y cuando una persona que entiende del oficio lo dice, sus razones tendrá, que no ha de decir las cosas al buen tuntún, delante de personas tan ocupadas y tan influyentes como vuestras mercedes. Pero aún ha ido más lejos, criticando el modelo que se viene utilizando para gestionar el patrimonio, que la mayoría de las veces se les escapa a vuestras mercedes de las manos, como siempre viene a ocurrir con el agua. Aún me he podido enterar por buenos amigos, aparte del nuevo Mercurio y la nueva Gazeta, que un representante de la plataforma *Salvemos la Cartuja de Monegros*, que también ha acudido, armado de palabras y de razones, ante la Comisión de Comparecencias de aquellas Cortes tan principales, ha sentenciado que la cartuja de Monegros de Nuestra Señora de las Fuentes, era un emblema para el país, además de un símbolo aglutinador y un oasis de cultura en medio de este desierto tan duro y tan estéril. Como siempre ocurre, vuestras mercedes han hablado después y todos a una han defendido esta santa casa de Dios, donde la pobreza nunca es pesar y sí es alegría, echándose la culpa unos a otros por no haber actuado antes y encontrarse ahora esta cartuja muy descuidada, en un difícil trance de ruina, pues cuando había dineros no había determinación y ahora que vuestras mercedes se ponen por una vez de acuerdo, no hay presupuesto ni siquiera para empezar por el tejado. Siempre ocurre lo mismo. Parece que en aquella casa tan principal, donde mandan los que mandan, que son todos, cuando pueden no quieren y cuando quieren,

hacen por no poder. Y así marcha el mundo, sin que a los mentirosos y a los defraudadores los puedan prender de día o de noche los miñones o los escribanos del crimen. Loado sea por siempre nuestro Padre Celestial, que da libertad de ciencia y de pensamiento a sus hijos, aunque también les da tiempo y razones para rectificar, que dicen que es de sabios.

Vuelvo otra vez sobre el tema que nos ocupa, una vez que con el trajinero me han llegado algunos pliegos de papel para escribir, que en esta cartuja desde hace ya mucho tiempo todo son grietas, goteras y estrecheces. Según señala el dicho popular, Dios paga como Dios y los hombres lo hacen como lo que son, humanos y pecadores, además de desagradecidos. Y esto es más cierto que las palabras del Santo Evangelio. Algunos que yo conozco ni quieren ni pagan y se echan las palabras, las buenas y las otras, a la espalda y no llegan a decir amén ni en sagrado, pues parece que viven en una casa muda por eso mismo. No vivan vuestras mercedes sin palabras y sin iniciativas en esa casa muda y sin ventanas, echándose a la cara las culpas de una orilla a la otra, sin remojarse ninguno los calzones. Las ocasiones llegan cuando Dios quiere y se pierden cuando los hombres las dejan escapar sin alargar la mano, ni levantarse del asiento por comodidad, pereza o displicencia, o por las tres cosas a la vez, que nunca ha de saberse lo que es peor. Yo ya voy campando. Dos veces me he purgado para ir en mejoría. Por las noches sufro fuertes dolores de vientre, que me llegan hasta las pantorrillas. Quiera Dios que pueda echar el mal pelo en breve y pueda seguir pintando como siempre, restableciéndome la antigua salud esta próxima primavera. Por el de Albalatillo recibimos el pliego de la nueva Gazeta con las últimas noticias que, para decir toda la verdad, no son nada halagüeñas. El mundo anda manga por hombro y los hombres se afanan en complicarlo todo y confundirlo aún más de lo que anda, que ya es mucho. Los ricos de este mundo cada vez son más ricos y los pobres cada vez más pobres, aunque la felicidad ni se compra ni se vende en casa de mercaderes. También nos hemos enterado que la feria de Sariñena no ha valido nada este año. Y es que corren tiempos difíciles para todos. El trabajo escasea en todos los rincones del reino, suben los impuestos y el que más tiene paga menos. Justicia, que no lo es, sino todo lo contrario, cuando el poderoso ayuda al rico esperando el favor y no lo hace al menesteroso, ni siquiera por misericordia. Las nuevas leyes son parecidas a las antiguas y los tiempos parece que no acaban de cambiar nunca, porque al perro flaco todo son pulgas y al hombre desgraciado nunca le llegan las alegrías a tiempo, porque cuando lo hacen, ya se ha marchado a la eternidad y en aquella casa todo es alegría y nada tiene fin.

Sólo Dios Nuestro Padre Celestial sabe con absoluta certeza cuándo tocara sola la campana de Velilla, anunciando que vuestras mercedes se han puesto de acuerdo en rebajarse la soldada, para destinarla sin más dilación, primero a la compra y luego a la conservación y reparación de esta cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes. Por estos andurriales la lluvia escasea, pero de tiempo en tiempo no faltan las tormentas y tan escandalosas de ruido y de agua, que llega a llover tan famosamente, que resucita, es un decir, toda la cosecha de panes, que estaba cohibida y prieta a la tierra que la vio nacer, tan falta de agua como de fuerzas. De esta manera crían doble las perdices, las liebres y los conejos, aunque los frailes tengamos

prohibida su carne. La carne de las ranas, de los topos y de los galápagos ocupará nuestra pobre mesa algún día del año, que será recordado por el pequeño festín que proporcionaron estos animalillos de Dios. Pero el agua mansa o rebelde que del cielo cae cuando Dios quiere, también encuentra cobijo y amparo bajo estos tejados, donde fácil cuela, por falta de tejas y de voluntad. Ayunen un poco también vuestras mercedes como este pobre fraile, viejo y desdentado, lo ha de hacer cada Adviento, aunque tenga la cabeza abochornada y se mantenga convaleciente, no haciendo otra cosa más que caer y levantar, y casi fuera de cascos. Pues, como también recogía Palmireno: Más mató la cena que sanó Avicena. No se gasten vuestras mercedes todo el presupuesto en viajes y lifaras y guarden un poco para esta pobre cartuja que se cae en pedazos. Duerman tranquilos cada noche con la conciencia en su lugar, quitando algún real de aquí y de allá para ponerlo en los tejados de esta cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes, que ella sabrá cómo premiarles por guardar su casa y a sus hijos más pobres y más necesitados.

He vuelto hoy mismo de Lalueza, aunque también me invitaron hace días a Fonz y a Sijena. A Fonz me llevé unos pocos colores para no estar ocioso. En Sijena me invitaron para una profesión y en aquella estancia conté a mis hermanas algunas de mis aventuras de esta temporada. Vuestras mercedes sabrán que la Virgen Santísima se apareció en la llamada Fuente del Milagro, que dio nombre a este primer cenobio de San Bruno. El primer monasterio se debió a la caridad de los condes de Sástago, que aprovecharon una antigua ermita, donde reposaban los restos de su querido hijo don Artal. Pero poco tiempo después, los monjes, mis hermanos, cogidos y sobrecogidos por la ciega pobreza de los tiempos, que aprieta más que un dogal al cuello, se trasladaron a la vecina y hermana cartuja de Aula Dei, aunque pasado otro tiempo volvieron a su antiguo convento en este desierto monegrino, bajo los cielos azules y limpios, barridos sin escoba por el cierzo. Está escrito que una terrible ventolera o cercera echó por tierra el campanario en el año del Señor de 1701, cayendo con tan mala suerte sobre la iglesia. Al poco tiempo se colocó la primera piedra del nuevo monasterio y ochenta años después la última. Como ya sabrán vuestras mercedes, el monasterio quedó vacío por imposiciones políticas, más tarde fue desamortizado y vendido al mejor postor, que quiso hacer en él un balneario. Las cuentas no salieron y la ruina fue entonces segura. Esta cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes ha servido de cuartel de soldados y de granero, pero ahora sólo el viento y la soledad se pasean por su iglesia, su claustro y sus dependencias vacías y casi ruinosas. Me he enterado que el edificio está considerado como Conjunto Histórico Artístico, aunque de poco le sirve contra el tiempo, la lluvia y el olvido. Poco tiempo se cuenta también desde que fue incluido en una Lista Roja del patrimonio patrio, con riesgo evidente y palpable de desaparecer. La solución no ha de venir del cielo, pues Dios no guarda llave de los corazones de vuestras mercedes, ni de las cajas y cajones con los dineros, y la lluvia y el viento tampoco han de hacer nada de bien para estas viejas paredes dejadas de la mano de Dios. No les tienta el diablo a vuestras mercedes y les pase como a los canónigos del Pilar, cuando vieron con sus propios ojos las pinturas de la cúpula de aquella basílica, pintadas por mi cuñado Goya.

Que esto ya pasó hace mucho tiempo y ahora ya hemos aprendido de nuestros errores. Dios Nuestro Señor, que siempre es considerado y considerable, nada lo hace por si acaso y todo lo lleva y lo rodea tan de justicia, según su justa providencia, que de un gran daño para nuestro sentir y a nuestros ojos, Él saca muchos bienes para todos. Perdonen vuestras mercedes si encuentran alguna mancha en el pliego, pero me ha apeticido a esta hora una manzana camuesa y el jugo de su carne prieta y olorosa se me escapa por los dedos, a pesar de que me los pueda chupar y relamer antes de este contratiempo.

Esta mañana me he cortado la barba y la cabeza. Con el trajinero hemos recibido unos pocos sacos de grano del molino de Pertusa, que lo tiene arrendado un buen molinero del país. De un año a otro el grano ha bajado más de la mitad de su precio. Nada nuevo trae el Mercurio y La Gazeta, que todos son contratiempos y calamidades. Estoy pasando un gran resfriado. Las ocasiones son tan repentinas y la salud tan quebradiza, que ando estos días algo apurado. Pero por aquí no ocurre otra cosa que la que Dios quiera y quiere tan apenas. Con estas pocas lluvias de mayo, los ganados han salido a pastar la poca hierba que nace junto a la paridera. Antes de coger este nuevo resfriado pintaba horrores. Todos los días le pido a Nuestro Señor que me deje ir tirando para pintar todas las paredes de esta cartuja abandonada, y que no me coja el esplín con no sé qué motivo y no pueda hacer lo que más me gusta hasta el fin de mis días. Encomiéndenme a Dios y a su Santísima Madre, para que no me dejen vivir ni morir sin ver la cartuja de Nuestra Señora con mejor cara y mejores colores que los que tiene hoy. Vuestras mercedes sabrán la mejor manera para detener la ruina, que se va adueñando día a día de estas paredes, y no sólo con palabras, que puede llevarse el cierzo por estos cielos tan abiertos y sin freno, sino con obras y de las buenas. Es un deber de buen político y de buen cristiano hacer obras de caridad y de calidad, conservando como se deben las obras de sus antepasados, para que puedan ser admiradas y conocidas por todos los aragoneses, que mucho tienen y mucho esperan del buen hacer de sus mercedes, cuya vida y hacienda guarde el Señor. Espero recibir contestación a esta misiva a través del correo e hijuela de Bujaraloz, que llega hasta esta cartuja todas las semanas. Ruego todos los días a Dios y a Nuestra Señora de las Fuentes para que les iluminen y encuentren una solución, la mejor para todos, para esta vieja cartuja que se cae a pedazos. Que así sea, si así lo quiere Dios y los políticos, vuestras mercedes, de esta tierra pobre pero siempre libre y poco dispuesta a ser amparada por la mentira y por la desfachatez. Dios le guarde muchos años. Suyo.

Fray Manuel Bayeu.

*Nota del autor:*

*En esta narración se han utilizado giros y expresiones empleadas por Fray Manuel Bayeu en sus cartas dirigidas a su amigo Martín Zapater.*



**Los Monegros**  
CONSEJO COMARCAL